

Apuntes para la biografía

DEL R. P. MANUEL DE LARRAMENDI.¹



Se conserva en el Archivo de Loyola un manuscrito anónimo de 1766 ó de 1767, que parece ser de algun Padre de la Compañía de Jesús, que vivió con el P. Manuel algunos años en Salamanca, y á quien se pedían noticias del finado; es como sigue:

«Nació el P. Manuel de Garagorri en Andoain, y en la casa solar ó casería de sus mayores, llamada Garagorri. Lleváronle de muy niño á Hernani, donde aprendió la Escuela, y dieron en llamarle *Larramendi*, del apellido de su madre, y con él continuó en la Religión, aunque con algun sentimiento de su parentela, por línea paterna, que es noble y larga.

El nombre de su casa nativa, está dicho arriba, y abajo se dirá el año de su nacimiento y muerte; su edad 75 años. Y consta igualmente que sus mayores eran propietarios.

Estudió la gramática en el colegio de Bilbao, donde se crió, y á donde le llevó un tío suyo; hermano Coadjutor, y llamado *Miner*, que fué como su padre, y á quien debió su educacion y estudios y fortuna, como decia él mismo. No estudió en el siglo más antes.

En dicho colegio de Bilbao entró en la Compañía, y sería como de 17 ó más años; porque empezó algo tarde, y acabó pronto. Y por su despejo y muestras de habilidad le aplicaron al estudio y á la Compañía su tío y los PP. de Bilbao: que él por sí era muchacho de aque-

(1) Damos á conocer estos apuntes á fin de que sea lo más completo posible el trabajo que se pide sobre este tema en el Programa de los Juegos florales próximos, publicado por el Consistorio euskaro de esta Ciudad. (N. de laR.)

lla sacristía y apenas tuvo más maestros ni tiempo que su ingenio, y era franco y divertido, pero honrado y fiel á maravilla.

Tuvo su Noviciado y el Seminario como los demás de la provincia de Castilla, en Villagarcía de Campos; famosa y santísima casa de Novicios.

De allí pasó á estudiar las Artes ó Filosofía al colegio de Medina del Campo, y tuvo por maestro en ella al célebre P. Luis de Losada, que se gloriaba con razon de tener tal discípulo; y descubrió y aun admiró sus fondos.

Salió el más aventajado de todos, y como tal, fué graduado por ser primero de curso, y tuvo el acto mayor en Filosofía, con aplauso universal de domésticos y extraños. En calidad de tal y celebrado ya por mónstruo en la habilidad, ingenio y lucimiento, le destinaron á estudiar Teología en el Colegio Real de Salamanca, y allá lo concluyó con créditos del mejor Teólogo de su tiempo.

Luego entró á pasante de Teología y maestro de Artes, en lo que duró tres años, admirado ya de todos. Y tuvo como es costumbre, *sus actos menor y mayor* de la Orden en aquella famosa universidad. Pero con tal despejo y aplauso que hasta hoy dura la fama: y es voz comun de todos, y lo fué que ni antes ni despues, ni en las Religiones ni fuera de ellas, no vió la Universidad de Salamanca actuante más agudo y brillante en sus aulas.

Despues tuvo su tercera probacion por un año, segun el uso de la Compañía de Jesús en el Colegio de San Ignacio de Valladolid.

De aquí pasó al Colegio de Palencia por Maestro de Provincia, y en él enseñó la Filosofía á los Jesuitas, y se hizo más célebre.

Y acabado su trienio, fué destinado á Maestro de Teología en Salamanca, y duró enseñándola allí algunos tres ó cuatro años, hasta que la Reina viuda de España le escogió por su confesor, y quedó con S. M. en Bayona de Francia.

En el poco tiempo que vivió en el Magisterio de Salamanca, fué predicador del Real Colegio, como Maestro, y en ambos ejercicios, que unió en sí, y á un tiempo, cobró tal fama y fué celebrado, que era reputado por el hombre más famoso en la cátedra y en el púlpito, á juicio de todo el mundo. Y la Universidad, la Catedral, los Colegios mayores, las Religiones, el Clero y el pueblo, todos le miraban como á monstruo y un oráculo. Tambien fué maestro de Teología en San Ambrosio de Valladolid, aunque poco tiempo. (Y eso va por turno).

En el corto tiempo de su magisterio de Teología, escribió tal cual Tratado, que imprimió y despachó por preámbulo de su Arte de la Lengua Bascongada. Y poco despues dió á luz su Arte famosa de dicha lengua, que llamó *El imposible vencido*. El año fijo de su edicion se hallará en el fróntis.

La Reina viuda, D.^a María Ana de Neobourg, le llamó para confesor suyo, sin otro impulso que la fama de los talentos y prendas sobresalientes del P. Larramendi. El cual entró en dicho empleo desde la carrera del magisterio, que dejó con esta ocasion, y fué entre los años de 30 ó 28 de este siglo. (Lo que ya se averiguará, y tambien cuántos años sirvió á dicha Reina, que hoy no sé.) Lo que es cierto y sin duda, es que él mismo se despidió y le costó mucho la licencia ó el permiso de S. M.; y que el amor del retiro y de sus libros le obligó á la despedida. Y que se retiró á la Santa Casa y soledad del Real Colegio de Loyola, donde vivió el resto de su vida, y la acabó en paz.

Murió el día 29 de Enero de este año de 1766, y hace treinta años que se retiró, y en ellos fué morador de dicha Santa Casa, y trabajó siempre sin cesar y en mil tareas diversas y distintas.

Del año de la publicacion de su Arte y Diccionario del Bascuence ó *Trilingüe*, constará por dichas obras, que yo no tengo, pero ya lo averiguaré, como lo demás de los capítulos precedentes con mayor exactitud y certeza. Y voy al octavo punto, notando al fin de este, que fuera de las obras del Arte y Diccionario, y otros folios sobredichos, ó para advertencia al público, ó para defensa suya: y á más de consultas infinitas y varios folletos impresos sobre....

Escribió una obra de suma erudicion, ingenio y fuerza contra los Jansenistas y las heregías modernas de Francia, y á favor de la Santa Sede y la infalibilidad del Papa.... 2 tomos. Item. Otra obra Teológica exquisita y rarísima sobre el sistema escolástico en las escuelas católicas, en la que toma por asunto conciliar los sistemas opuestos, y reducirlos á uno solo. No le he visto la obra, ni sé de qué tomos consta.

Item. Otra obra en castellano y eruditísima sobre las casas solares, y nobleza, familias, etc., de Guipúzcoa y del bascuence, que quiso dar á luz y entregó completa y á rever, y quedó estancada. Y contra ella se iban alarmando muchos aun dentro de la provincia. (No sé qué tomos ó partes tiene).

Reglas y constituciones cuerdas, claras y santas para monjas que, ó redujo á vida comun y conforme, ó reformó y puso en órden y observancia. No sé de más obra impresa sino *La Nueva demostracion de Vergara*, que no corresponde, y es como tumultuariamente escrita y en mi juicio su lunar si lo hubo. Yo en parte le excuso, porque creo le metieron en ello, y la compuso de carrera y por complacer ó engañado.

En la vida del P. Larramendi hay muchas cosas que notar, y las apunta su carta de edificacion, breve, discreta, nerviosa, sincera, honrada, que escribió el P. Rector de Loyola y suyo, Juan Bautista de Mendizabal.

Póngase á la frente por índice, ó al fin de su elogio por epílogo.

No he visto carta del género y breve como ella, y de mejor pulso y más justa.

El P. Larramendi fué mónstruo y hombre grande en cuerpo y alma, y en todas las cualidades suyas, ó las potencias y los sentidos de ambas sus mitades ó partes. Gran estatura, gran aire, gran fuerza, gran proporcion, gran aspecto, vista, oído, lengua, voz, accion, vida, todo grande.

En tres cuartos de hora poco más predicaba 15 y 17 hojas de cartapacio, letra muy menuda, en Salamanca, y con tal claridad, que nunca se rozó ni le perdimos palabra: con tal vehemencia y persuasiva, que clavaba en las paredes y en los corazones las sentencias y movia á lo que queria á los auditorios. Era el clarin de púlpito y de España. Hacía llorar ó reir con poca interrupcion, y casi sin resistencia hubiere asombrado el mundo, á haber dado por las misiones, y hubo Jesuita que se lo dijo y él respondió «que no correspondia á su voz y al santo ministerio la tibieza de su vida.»

A los 74 años de su edad escribía sin rastro de tembleque y cantaba como un ángel, claro, alentado, dulce y sin una mota en su voz angélica.

Gran memoria, entendimiento grande, voluntad grande y buena, y alma y corazon vastos, serenos, amplísimos. Parecia incapaz de perturbacion y ruindad alguna, y era capaz de cautivar ó arrestar á un gigante, ó por bien mirando ó por mal, con un guijarro en la mano. Le oí decir en su vejez y tirándole á arredrar, que no temia á dos ó tres hombres arrestados y valientes cara á cara, y con solos dos morrillos. Y lo creo.

Fué hombre de alma y serenidad incontrastables. En tiempos críticos y de turbaciones, y estando entre papeles críticos y circundado de gente y negocios fuertes, llegaba uno, llegaba otro; cada cual á su negocio y con caso diferente y despachaba á todos con una boca de risa: A mí me sucedió llegar en las circunstancias y quererme retirar para otra ocasion, y responderme: «eso es primero, esto es nada», y despacharme bien y con frescura y juicio nunca vistos y mucha brevedad y agrado en negocio arduo y espinoso, y eso varias veces.

No he visto hombre sábio y alentado más humilde, dócil y rendido; mil veces le oí decir en materias morales y de prudencia: «¿yo qué se de eso?» Y con todo nunca dejaba de responder, y regularmente daba en el hito, y con expedicion y parecia el ángel del buen consejo. Y tal vez concluía así: *«qué hizo Vuestra Merced? ó ¿qué intenta hacer y juzgar?»* y oída la respuesta satisfacía diciendo: *sí, no*, y muy al caso y con imperio, y alguna vez: *esto sí, aquello no, hágase ó deshágase tal cosa*, y no cabia dictámen más acertado y expedito.

Nunca supo murmurar, y aun metido en ocasion y agraviado ó provocado, era un San Antonio en la limpieza de la lengua. No he visto lengua semejante y si se hallase incorrupta y fresca con el tiempo, á mí no me haria fuerza chica ni grande; porque lo que en él y en ella ví, es mayor milagro. Y lo mismo digo de su corazon y seso.

Le ví obedecer y conformarse sereno, á superiores tontos, inhábiles y precipitados, y en cosas bien arduas y costosas; pero sin aire de amargor ó queja.

Le ví en medio de su desembarazo, y hallándose muy agraviado, instar por audiencia y apretar por ella y por medios fuertes y costosos á sujeto bien visible y que se tenia por ofendido: y cerrarse en esta máxima ó mensaje y fui el portador yo mismo: «Pido por Jesucristo que me oiga y tome los testigos que sean de su gusto, y no diré más: Señor, vengo á darle satisfaccion y á pedirle públicamente perdon por los agravios de que se queja ó murmuran otros, sean reales ó sean imaginarios. Perdóneme, Señor, por amor de Dios, y quitemos todo escándalo del pueblo.» Esto así se hizo y no surtió efecto, sino desairarle de nuevo; y puedo jurar que nunca le oí palabra de queja ni mudó de rostro; antes bien quedó sereno y sonriéndose. Y yo edificado como lo estoy todavía muchísimo.

Tenia corazon y alma sobremanera grandes, imperturbables y de una serenidad y anchura como el cielo, y de ello pudiera dar yo mis-

mo pruebas y ejemplos estupendos y muchos. De los que dió algunos en tres ó cuatro días que concurrimos en Bayona de Francia. El último y de que fueron testigos el P. Domingo Patricio de Meagher, Maestro de Salamanca, y el P. Pedro Zabala, Rector del colegio de Pontevedra y otros, sucedió en esta forma:

Estaba el P. Larramendi en su posada disponiendo sus cosas para dar la vuelta á España, cuando entraron en ella, á notificarle: un auto de justicia los ministros de ella. Era la suma del despacho, que dentro de tantas horas pagase una gruesa suma á los demandantes, que eran cirujanos y otros oficiales, á los cuales resultaba deberse desde los tiempos en que dicho Padre fué confesor de la viuda Reina y vivió en el servicio de S. M. y en Bayona. Y que de no pagar luego la cantidad de reales exigida, se le embargasen persona y bienes y guardase la casa ó la ciudad por cárcel desde la hora en que fuese notificado, como se hacia judicialmente y en forma.

Oyó la notificacion del auto sin alterarse, y aunque dió muchas y buenas salidas con toda serenidad y frescura y demostró que aquella deuda era vieja y no suya sino de la Reina, y que nadie le habia hecho constar de ella hasta aquel día, y ofrecia sus buenos oficios para obtener la solucion de la Corte de España, en caso de ser legítima, nada alcanzó á aquietar á los Monsiures. Y así le intimaron el embargo de bienes y su arresto; á lo que inclinó la cabeza y dijo con igual despejo que sonrisa: «Señores, bienes no tengo, sino estas pocas ropas; de ellas y de mi persona disponga la Justicia como mejor le parezca. Doime por preso aunque sin culpa, y espero que alguno me mantenga de limosna si ya alguno de tantos como procuré servir en tiempo de mi Reina y Señora en esta ciudad no se moviera á hacerlo por buena correspondencia.»

Por más que se le instó, no hubo forma ni de dar quejas ni de pedir soltura, ni de visitar ó presentarse ni al Alcalde ni al Comandante General, ni al Sr. Obispo, ni á otro amigo alguno que le pudiese valer y dar ó interceder por la soltura. A nada quiso moverse, ni aun hablar con los compañeros sobre el caso; sino rezar y hacer sus ministerios y devociones y conversar plácidamente y guardar su reclusion en plena paz y sereno. Y es de notar que en los dos días anteriores á la chanza habíamos comido, siendo instantemente convidados, en el uno con el Sr. Obispo de Bayona, en el otro con el Sr. Comandante General de la provincia ó de las armas; y de este venia firmado el auto

memorable, y tambien que el suceso le debia ser muy sensible al Padre Larramendi, por cuanto su sobrina D.^a Maria Josefa de Camino y Veroiz se hallaba á la sazón en Bayona, y la sería este golpe muy doloroso. Pero el Padre y tío se mantuvo firme y sin alteracion en su paciencia y la prision mal intentada y vergonzosa ó insolente.

La conclusion de esta historia fué que uno de los Jesuitas compañeros obtuvo del escribano el despacho original, y con él pasó al palacio del Comandante, Marqués de Amour, que hoy lo es y está vivo, y disputó largo y fuerte con su Señoría, y entre gallos y media noche, como dicen, obturo revocar y rasgar por su mano el auto original y se volvió con los retazos de él á su posada, de donde partieron en paz á la madrugada. Y por lo que toca al buen P. Larramendi no se le oyó palabra ni se le notó más inmutacion despues que antes en el rostro y gesto, sino suma frescura y templanza inalterable. La que mostró siempre igual en todo lance arduo.

En ninguna cosa mostró el P. Larramendi más su religiosidad y la grandeza de su ánimo y moderacion, y su docilidad, obediencia, humildad y demás virtudes que en lo que le pasó con sus escritos. Costáronle mucho estudio y continuas vigílias, especialmente algunos de ellos, que son peregrinos y nuevos, ó eruditos y operosos como agudos; y otros formados con precision de tiempo y en circunstancias apretadas. Como quiera, todos y cada uno tanto de su entendimiento y sudor de su frente, y obras propias que el autor concibe, y pare y con las cuales la voluntad humana se encariña como el padre y la madre juntos con sus hijos y descendencia; y aun mucho más, porque se atraviesan los respetos de la reputacion, del honor, la fama y semejantes.

No obstante este grande hombre, que en las cualidades de erudicion y de ingenio, de brillantez y dedesembarazo y otras, pudo ser, ó fué, reputado por muchos por el gigante de su tiempo; sugetó sus obras y con ellas su entendimiento y voluntad, y hasta sus intereses y honra á amigos y enemigos, á la Religion y al siglo, á razones que son razon, y á la razon de estado, y á otras, ó políticas ó nacionales, ó del tiempo, y su malicia, y á la incuria y á la censura de otros hombres, ya altos, ya chicos, ya medianos y tal vez sobre enanos y vulgares, ó no de la profesion ó émulos y apasionados, llevando con paciencia invicta y serenidad ó moderacion heróica que de sus escritos unos se tildasen ó enmendasen, otros se retardasen ó estanca-

sen, y muchos y acaso muy buenos y los mejores se sacrificasen ó se enterrasen vivos. ¿Quién le vió inmutarse? O ¿dónde se le oyó murmurar ó quejarse ni aun siquiera chistar, sobre materia tan delicada y sensible, á lo menos en estos últimos quince años?»

MARIA GURE BITARTEKOARI.

(AMALAUDUNA)

Esetsi begit korañeagaz eriotzeak,
 Betort galtzera gerraka mundu ososua,
 Askatu begiz ichas zakonak esi ez meak,
 Abiau bekit gar okadakaz lur barrua.
 Beto menditik erreka-zezen bitzez beteak,
 Bolea legez bebil justuri oskartsua;
 Nasaitu begiz gaur infernuak sabel ta esteak,
 Iruntsi nairik nire arima bildurtua.
 Jeobak. bota beidaz chimistak irakindurik,
 Jesusek ichi biotz zauriaz idigia;
 Baña zurea badago nire onez samurrik,
 Eta zabalik bigun zarean ¡o! María!
 Naiz bidez egon Jauna nigaitik aserraturik,
 Ausituko da bere su bero ain bizia.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.
